

Delfina Collado y su mundo de Tipirito

Francisco Zúñiga Díaz

(Tipirito fino cnasto de literatura)

Tenemos que confesar que empezamos a leer el "Mundo de Tipirito" (Editorial Costa Rica) con desgano, casi con la certeza de que no terminaríamos la lectura. Revisando la razón de la renuencia, recordamos que sólo conocíamos de Delfina Collado uno que otro artículo publicado cuando Excélsior existía y que ellos no nos indicaron ni nos hicieron sospechar— como si el libro— a la escritora.

Nos engañamos, en fin, en dos aspectos. Uno, porque creíamos que eran cuentos y somos sus lectores por oficio y el otro, porque Delfina Collado nos sorprendió con su prosa llena de muchas novedades. Variamos, de hecho, el criterio superficial de un lector de artículos ligeros y tomamos uno nuevo, impulsado ahora por el mundo mágico de Tipirito, que como a la autora, nos deja la sensación de un olor a tierra, de un aroma "a pan caliente y crujiente" y de un "agrio perfume de boñiga".

El libro engarza una serie de relatos —muchos de ellos cuentos en el sentido formal de la definición— todos con el fin último de darnos una descripción de un escenario (Tipirito) que enmarca a su vez a otro escenario, pareciera que casi de carne y hueso, pero en esencia ultramundano, que es la familia de don Anacleto.

Tipirito no puede decirse —nunca— que sea un Macondo en miniatura ni que se le parezca. Tiene su diferencia de la noche al día, con el

único ligamento —ombligo común— de estar los dos situados en cualquiera de los tantos recodos de nuestra América y de participar ambos de ancestros, angustias, realidades y magias parecidas y ser crisoles similares de herencias terrenales y tradicionales envueltas en velos de sospechas y contagios de superstición.

No cae Delfina Collado —por dicha— en lo que su prolonguista entusiasta, el poeta Alberto Ordóñez Argüello llama de otros escritores "oleadas de noveletas que imitan la performance del colombiano uriversal", sino que tiene su voz arreada en algo más reducido que la mole que inspiró a García Márquez y con ella traduce la vida minúscula empotrada en un pueblo "perdido en las montañas, con su lago a un costado y el volcán Chipi-Chipi al fondo".

La prosa de Delfina Collado se hace eco de los nombres de su universo diminuto, y añade junto a su Tipirito y su Chipi-Chipi los personajes alados, con denominación de encantamientos y tremolares, que pueden mencionarse cómo cuando se hacen juguetes con las palabras: Mamanico, Naomi, Cheto, Caliope, Camila, Heraclio Centeno, Quinico, Filomena, Filito, Atún, Chiquinquirá...

Y con ellos, a la par de Anacleto y María Guaba, teje una serie de circunstancias inverosímiles, en donde la costumbre antigua, en desuso desde hace tiempo, toma papel de realidad, se hace material a ratos hasta escaparse, para resolverse en una situación fantástica de buen tratamiento. Todo junto a una dosis bien urdida de buen humor, de humor

bien hecho y colocado en donde debe estar, que convierte al mundo de Tipirito en un mundo que se vive porque se palpa, se imagina y se comparte. Todo, como agregado, dentro de una ilusión de rompecabezas mágicos, con huevos cuadrados, niños de marfil y gallos con pies planos: muertos y fantasmas que poseen mujeres y soles mandarina y difuntos que trascienden lo terreno en ilusiones de vuelos e irrealidad.

Conoce Delfina Collado ese arte ya casi perdido de saber usar el idioma. El lenguaje con que lleva al lector es acorde con las intenciones de sumergirlo —anonadarlo casi sin la violencia de los recursos ya trillados de tantas copias mal hechas— en todo un ambiente casi cómico y casi siniestro, en donde puede escaparse, con intensidad parecida, una risa o una indignación.

Una incommensurable Mamanico y su Anacleto, viejo hasta la majadería, revolviéndose en una vida de generaciones, en donde los últimos bisnietos juegan el papel importante, similar casi al de los abuelos y al de los padres, en un darle y darle inmovible, extendido hasta la consumación de Tipirito. Hasta la muerte sobrenatural de Tipirito y hasta la supervivencia sobrenatural de Tipirito y hasta la supervivencia suprainmortal de don Anacleto.

Nos ha agradado el "Mundo de Tipirito". Es un libro que entretiene con una mezcla de elementos disimiles de la realidad y de la fantasía y Delfina Collado Aguilar hace con ellos, para nosotros, un fino canasto de literatura amena en el que nos recoge y arrulla.